

apostolis, et non prohibitum, sed in omnibus ecclesiis nostris eorum designari vel historias. Profesa toda la vida una tierna devocion á los santos, con especialidad á la reina de todos la santísima Virgen, y á la sacra Familia. No es dudable que la honra que logró san Joaquin de ser padre de la Madre de Dios, le haya merecido en la gloria un lugar muy elevado, y que sea grande su crédito para con Jesucristo. Y si la madre lo puede todo con el hijo, ¿qué cosa podrá ella negar á su propio padre? Hasta aquí ha sido para muchos un tesoro escondido la devocion á san Joaquin; y pues ahora le has descubierto tú, aprovéchate de él, y experimentarás cuanto vale. Honra á este gran santo con especial culto; pon debajo de su poderosa proteccion á tu persona, á tu familia ó á tu comunidad; y rézale todos los dias la oracion propia que se dice en la misa, con firme confianza que no habrá cosa que no alcances de Cristo y de Maria por intercesion de san Joaquin.

2. Es bien de extrañar que estén adornados los cuartos y las salas de los cristianos de pinturas profanas, y aun á veces escandalosas, y que rara vez se vea en ellas el retrato de un santo, ó una imágen de devocion. A vista de unas pinturas tan del genio de los gentiles y tan del estragado gusto de nuestro siglo, bien se pudiera dudar si los que hacen vanidad de semejantes adornos tienen el corazon y el espíritu de cristianos. No haya en tu casa sala, cuarto, pieza ni aun rincón, donde no se registren algunas señales de tu religion y de tu piedad; porque las pinturas sagradas, dice san Gregorio Niseno, son mudas exhortaciones que despiertan el alma, y la excitan al amor de la virtud: *Solet enim etiam pictura tacens in pariete loqui, maximèque prodesse.* El enemigo de la salvacion es el que ha persuadido á los herejes que retiren de la vista todo aquello que puede servir de reprension á

sus desórdenes y á sus errores. Pero tú no te debes contentar con tener pinturas devotas, sino que has de profesar muy particular devocion á los santos. Haz una oracion todos los dias al santo que te hubieren dado, ó que hubieres escogido por tu protector cada mes.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN BENITO,

ABAD Y PATRIARCA DE LAS RELIGIONES MONACALES DE OCCIDENTE.

San Benito, tan célebre en todo el orbe cristiano, luz del desierto, apóstol del Monte Casino, restaurador de la vida monástica en el Occidente, uno de los mas ilustres y de los mayores santos de la Iglesia, nació por los años de 480 en las cercanías de Norsia, en el ducado de Espoleto. Su nobilísima casa, una de las mas distinguidas de Italia, se hacia respetar en toda ella, así por sus enlaces como por su grande riqueza. El padre, que se llamaba Eutropio, se cree que fué de la casa de los Anicios, y su madre, llamada Abundancia, era condesa de Norsia. San Gregorio, que escribió la vida de nuestro santo, dice que no sin misterio le llamaron *Benito*, por las grandes bendiciones con que le previno el Señor desde su nacimiento.

Nada hubo que hacer en inclinarle á la piedad, porque las primeras lecciones que se le dieron hallaron ya un corazon formado para la virtud. Desde luego se descubrió en él tan buen ingenio, tan nobles inclinaciones, un natural tan dócil, tales señales de devocion, y tanta disposicion para las letras, que á los siete años de su edad le enviaron sus padres á

Roma para que se criase en aquella corte á vista del papa Félix II, que también se cree haber sido de la misma familia.

Hizo asombrosos progresos en las ciencias humanas en el espacio de los siete años que se dedicó á ellas; pero fueron mucho mas asombrosos los que hizo en la ciencia de la salvacion. Ya desde entonces se miraba como especie de prodigio su constancia en la oracion, su inclinacion al retiro, su circunspeccion, y las penitencias que hacia en una edad que solo toma gusto á las diversiones y á los entretenimientos.

Pero sobre todo sobresalia en Benito la tierna devoción que profesaba á la Madre de Dios. Venérase todavía en el oratorio de San Benito de Roma la imágen de la santísima Virgen, ante la cual pasaba muchas horas en oracion todos los dias, y en cuya presencia, segun refiere el beato Alano, recibió del cielo extraordinarios favores.

Habiendo observado las licenciosas costumbres de los jóvenes de su edad y de su esfera, y conociendo los grandes peligros á que estaba expuesta su salvacion quedándose en el mundo, resolvió buscar seguro asilo á su inocencia en el retiro del desierto. Lleno del espíritu de Dios que le guiaba, salió de Roma siendo de solos quince años, llegó á la aldea de Afilo, y despues de haber hecho allí un milagro á favor de su ama que no habia querido separarse de él, logró escaparse de ella secretamente, y por sendas descaminadas se fué á esconder en el desierto de Sublago, á quince leguas de Roma.

Todo conspiraba á infundir horror en aquella soledad, los peñascos escarpados cuyas puntas se escondian á la vista, los precipicios espantosos, y un terreno seco, estéril é infecundo; pero el animoso Benito halló en ella dulces atractivos. Habiéndole en-

contrado cierto monje, llamado Romano, le preguntó qué buscaba por aquellos desiertos; y respondiéndole Benito que un sitio donde sepultarse en vida para no pensar mas que en Dios, admirado Romano, le enseñó cierta gruta abierta en una roca, parecida á una sepultura. En ella se encerró Benito, y Romano le trajo de su monasterio un hábito de monje, cuidando también de traerle algunos mendrugos de pan una vez cada semana.

No se pueden comprender las excesivas penitencias que hizo aquel esforzado jóven héroe de la religion cristiana desde los primeros pasos en su penosa carrera. Su ayuno era continuo, su oracion casi perpetua; y como si no bastase, para mortificacion de aquel cuerpecito tierno y delicado, no tener mas cama que la dura peña, ni apenas otro alimento que insipidas y agrestes raices, se cargó con un aspero cilicio, del que no se desnudó en toda la vida.

Estremecióse el infierno al ver tantas virtudes en el jóven solitario; y desde luego empezó el enemigo comun á valerse de todo género de artificios para desalentarle. Dió principio á la batalla haciendo pedazos una campanilla pendiente de una cuerda larga, con que Romano prevenia á Benito para que acudiese á recoger los mendrugos de pan que le descolgaba; pero la caridad, que es ingeniosa, halló arbitrio para continuar en su ejercicio. A esto se siguieron ruidos, fantasmas, y otras cien estratagemas; y habiéndolas experimentado igualmente inútiles, acudió por último recurso á la tentacion mas vehemente y tambien mas peligrosa.

Burlábase Benito, lleno de confianza en Jesucristo, de todos los vanos esfuerzos del demonio, cuando la memoria de una doncella que habia visto en Roma, le vino á la imaginacion, le inquietó tanto, y le apuró con tal vehemencia, que para librarse de ella fué á

arrojarse á una zarza, y se revolcó en ella, hasta que el extremo dolor de las espinas reprimió del todo los impetus del deleite con que el tentador había querido derribarle. Quedó para siempre vencido y avergonzado el espíritu impuro, y premió el cielo la generosa fidelidad de su siervo, concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante semejantes tentaciones.

Había tres años que Benito vivía en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando quiso el Señor darle á conocer al mundo. A legua y media de su gruta, ó de su cisterna, habitaba un santo clérigo que en la víspera de Pascua había hecho disponer comida algo mas abundante para el dia siguiente en honor de tal festividad. Aquella noche se le apareció el Señor en sueños, y le dijo que al otro dia buscase á su siervo en el desierto, y le llevase de comer; hizolo así el buen sacerdote, y quedó atónito cuando se halló con un mancebo tan delicado, y vió la espantosa penitencia que hacia. Sin poderse contener, publicó lo que había visto, y esta fué la ocasion de que comenzase la fama de Benito á divulgarse y hacer ruido en el mundo.

Habiendo muerto por este tiempo el abad del monasterio de Vicovarre, entre Sublago y Tivoli, los monjes nombraron á Benito por superior suyo; y aunque se resistió cuanto pudo, alegando muchas razones, no fué oido, y le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pero apenas comenzó el santo abad á querer enderezarlos por el camino estrecho de su profesion, cuando se arrepintieron de la eleccion que habían hecho; negaronle la obediencia, y aun intentaron quitarle la vida con veneno que le echaron en la bebida: mas al tiempo de sentarse el santo á la mesa, echó la bendicion, como acostumbraba, y al punto se hizo pedazos el vaso que contenia el veneno.

Conociendo Benito la perversa intencion de aquellos monjes, pidió á Dios los perdonase, y renunciando la abadía, se volvió á retirar á su amada soledad. Mas no estuvo solo mucho tiempo; porque á la fama de su rara santidad concurrió de todas partes tan prodigioso número de gente, con deseo de entregarse á su direccion y gobierno, que solo en el desierto de Sublago fundó doce monasterios, dándoles la regla que acababa de componer, dictada, digámoslo así, por el Espíritu Santo.

Creciendo cada dia la reputacion de su virtud, venian á verle y á consultarle los mas autorizados senadores de Roma. Tertulo le trajo á su hijo primogénito Plácido, de edad de solo siete años, y Equicio le dejó á Mauro, que tenia doce, rogando á Benito que se encargase de educarlos. Aplicóse á ello con tanto cuidado, que en poco tiempo de aquellos dos queridos discipulos suyos hizo dos grandes santos: Plácido derramó su sangre por Jesucristo, y Mauro fué como otro fundador de la religion benedictina en el reino de Francia.

No hay virtud sin persecucion. Gobernaba la parroquia inmediata al desierto de Sublago un mal sacerdote llamado Florencio, quien, no pudiendo sufrir tan heróicos ejemplos de virtud, como muda reprehension de los desórdenes secretos de su estragada vida, no contento con desacreditar cuanto podia el nuevo instituto y con perseguir al padre y á los hijos, intentó con diabólicos artificios armar infames lazos á la pureza de los monjes. Juzgó el santo que dictaba la prudencia ceder á la tempestad; y desamparando el desierto de Sublago, se fué al Monte Casino, donde el cielo le tenia prevenida una miés mas abundante, y donde al título de fundador de una religion tan célebre entre todas las que ilustran á la Igesia del Señor, había de añadir el de apóstol.

Habianse como atrincherado entre las inaccesibles peñas del Monte Casino algunas miserables reliquias del paganismo; allí se adoraba impunemente al dios Apolo, en cuyo honor se conservaba un templo y unos bosques sagrados, á vista de la misma Roma cristiana. Encendido Benito en aquel espíritu que anima y forma los héroes del Evangelio, ataca á la idolatría en sus mismas trincheras, derriba el templo, hace pedazos el idolo, abrasa los bosques consagrados á las mentidas deidades, levanta sobre las ruinas del templo y del altar dos capillas, una en honra de san Juan Bautista, y otra en la de san Martin, y en pocos dias convierte á la fe á todos aquellos pueblos.

Armóse, dice san Gregorio, todo el infierno junto para detener las rápidas conquistas de nuestro santo. Espectros horribles, ahullidos espantosos, terremotos, amenazas, incendio, granizo, piedra, de todo se valió el enemigo de la salvacion, pero de todo inútilmente. Sobre la eminencia de aquella montaña fundó Benito el famoso monasterio de Monte Casino, venerado siempre como solar y centro de aquella célebre religion que brilla tanto en la Iglesia de Dios mil y doscientos años ha, habiendo dado á los altares mas de tres mil santos, á las diócesis un número casi infinito de insignes prelados, al sacro colegio mas de doscientos cardenales, y á la silla apostólica cuarenta sumos pontífices. Esta es aquella religion ilustre, á la que se han visto venir muchos grandes príncipes para buscar el camino seguro de la salvacion, y en la que hasta el día de hoy se admiran y se veneran, en las célebres congregaciones de Cluni, de Monte Casino, de San Mauro, de San Vane, de San Columbano (sin que á ninguna cedan las de España), tan grandes ejemplos de virtud, y escritores tan hábiles, tan sobresalientes en todas las ciencias.

Aun no se habia acabado el nuevo monasterio, cuando fué menester levantar otros muchos. En este tiempo fué cuando san Benito compuso, ó á lo menos perfeccionó, aquella santa regla cuya prudencia, sabiduria y perfeccion alaba tanto san Gregorio, habiéndolo merecido no solo la aprobacion, sino el respeto de toda la Iglesia.

Movida santa Escolástica, hermana de san Benito, así de los grandes ejemplos de virtud, como de las maravillas que obraba el Señor por medio de su santo hermano, determinó dejar el mundo, y encerrándose con otras doncellas en un monasterio distante algunas leguas de Monte Casino, vino á ser, con las instrucciones de nuestro santo, la fundadora en el Occidente y el modelo de la vida monacal para las mujeres.

No es fácil referir ni todo lo que hizo Benito en los trece ó catorce años que vivió en el Monte Casino, ni todos los prodigios que se dignó Dios obrar por su ministerio. No solo poseia el don de milagros, sino que lo comunicaba á sus monjes; como lo experimentó san Mauro, caminando sobre las aguas para ir á sacar de peligro al jóven Plácido.

De todas partes concurrían tropas de gente á venerarle. Deseando Totila, nuevo rey de los Godos en Italia, conocer á un hombre de quien publicaba la fama tantas maravillas, vino á verle; pero al mismo tiempo, para probar si estaba dotado del don de profecía que tanto se celebraba, mandó á un caballero suyo que se vistiese de los adornos reales y de todas las insignias de la majestad. Mas luego que Benito le vió con aquel equipaje, le dijo con dulzura: *Deja, hijo mio, esas insignias que no te convienen, y no te finjas el que no eres.* Asombrado Totila de la maravilla, corrió á arrojarse á los piés del santo, á los que estuvo postrado hasta que Benito le levantó; y habiéndole reprendido el santo respetuosamente los horribles estragos que

habia hecho en Italia, le pronosticó cuanto le habia de suceder por espacio de nueve años, exhortándole á convertirse, y diciéndole que al décimo año iria á dar cuenta á Dios de toda su vida. Verificó el suceso toda la profecía del santo, y procediendo Totila en adelante con mayor moderacion y humanidad, no cesaba de publicar la virtud del siervo de Dios.

Siendo san Benito la admiracion de todo el mundo, y respetándole los sumos pontifices, los emperadores y los reyes como el asombro de su siglo, vivia en el monasterio como si fuera el último de los monjes. Solo se valia de su autoridad para ejercitarse en los oficios mas humildes, y para exceder en mucho la austeridad de la regla. No obstante que el Señor parece habia puesto debajo de su dominio á todo el infierno, y que la misma muerte le obedecia, era con todo eso humilísimo, teniéndose por el mas mínimo de todos los monjes, y acreditando con su proceder que así lo creia. Pronosticó el día de su muerte, y se dispuso para ella con nuevo fervor y ejercicios de penitencia. Seis días antes mandó abrir la sepultura; en fin, el sábado antes de la dominica *in Passione*, á los 21 de marzo del año 543, siendo de solos sesenta y tres años no cumplidos, pero consumido de los trabajos y mortificaciones, lleno de méritos, y logrando el consuelo de ver extendida su religion en Sicilia por san Plácido, en Francia por san Mauro, en España y Portugal, en Alemania y hasta en el mismo Oriente por otros discipulos suyos, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador en la misma iglesia del Monte Casino, á donde se habia hecho conducir para recibir el santo Viático.

En el mismo punto que espiró, dos monjes que vivian en dos monasterios muy distantes, vieron un camino de luz muy resplandeciente, que daba principio en el Monte Casino y terminaba en el cielo; y al

mismo tiempo oyeron una voz que decia: *Este es el camino por donde Benito, siervo amado de Dios, subió á la gloria*. El cuerpo del santo estuvo por algunos dias expuesto á la veneracion de sus hijos y de todo el pueblo, y despues fué enterrado en la sepultura que él mismo habia mandado abrir, donde se conservó hasta el año 580, en que fué destruido el monasterio del Monte Casino por los Lombardos, como lo habia profetizado el mismo santo, quedando sepultadas entre sus ruinas aquellas preciosas reliquias. Dicese que el año 660, habiendo pasado á visitar el Monte Casino san Aigulfo por orden de san Momol, segundo abad del monasterio de Fleuri, llamado hoy San Benito sobre el Loira, tuvo la dicha de desenterrar aquel tesoro, y trayéndolo á Francia, lo colocó en su monasterio, donde se adora con singular veneracion, honrando cada día el Señor las sagradas reliquias con innumerables milagros.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el Monte Casino, el tránsito de san Benito, abad, el cual restableció y propagó maravillosamente en el Occidente la disciplina monástica casi del todo relajada; su vida gloriosa en virtudes y milagros escribió san Gregorio papa.

En Alejandria, la conmemoracion de los santos mártires que, en tiempo del emperador Constancio y del prefecto Filagrio, apoderándose de improvisto los arrianos y los gentiles de las iglesias en Viernes Santo, fueron asesinados.

En el mismo día, los santos mártires Filemon y Domnino.

En Catania, san Berilo, ordenado obispo por san Pedro, el cual, habiendo convertido muchos gentiles á la fe, en la última edad descansó en paz.

En Alejandria, san Serapion, anacoreta, obispo

de Thmuis, varon de gran virtud, el cual fué desterrado por el furor de los arrianos, y murió en el desierto.

En territorio de Leon de Francia, san Lupicinio, abad, cuya vida fué esclarecida por la gloria de la santidad y de los milagros.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Benedicti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...
Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Benito abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y es la misma que el dia XIX, pág. 471.

NOTA.

« Toda esta epistola, sacada del capitulo 45 del Eclesiástico, es un epilogo de la vida de Moisés, cuyo caracter describe en pocas palabras; y viene tambien como nacida á san Benito, porque es igualmente un compendio de su admirable vida. »

REFLEXIONES.

In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum: hizole santo por su fe y su mansedumbre. Nunca es estéril una fe viva: es como el alma del justo; le hace obrar haciéndole vivir; siempre acompañan á sus luces benignas influencias. Presto es santo el que tiene una viva fe. ¿De dónde nace la flojedad en el servicio de Dios? ¿de dónde la poca fuerza que nos hacen las verdades mas terribles de la Religion? ¿de dónde el poco gusto á la penitencia? De que se cree con mucha

debilidad. *Al que cree*, dice el Salvador (1), *todas las cosas son posibles*; y se pudiera añadir, que tambien fáciles. Mas que el amor propio se estremezca, mas que la razon se violente, mas que se asusten los sentidos: *Noti timere, tantummodo crede*: no temas, cree, y será tuya la victoria. Ciertamente, cuando la fe nos representa con viveza aquellas verdades eternas, cuando nos pone á la vista con toda claridad aquellos objetos tan superiores á todos los conocimientos criados, las nieblas del espíritu humano se disipan, las ilusiones caen y se desvanecen; entónces se conoce que las brillanteces del mundo son falsas, que sus flores son caducas, que casi todas son artificiales; entónces se aparece la virtud, ó por mejor decir la santidad, aquella afortunada region que muy lejos de devorar á sus habitantes, los sustenta, los enriquece, los colma de delicias; es una tierra por donde corren rios de leche y miel. *Dios le hizo santo por su fe*. No es posible creer como se debe, y no ser santo. Usa san Pablo de la palabra *santos* cuando escribe á los fieles; y á la verdad, ¿cómo es posible creer la encarnacion del Verbo, la vida y muerte del Salvador, todo lo que hizo y padeció por redimirnos, y tratarle con indiferencia? ¿Cómo es posible creer aquel infierno eterno, aquellas llamas inextinguibles, aquellos tormentos infinitos en severidad y en duracion, y encontrar amargura en la penitencia y deleite en el pecado? *La fe*, dice san Juan, *es aquella victoria que triunfa del mundo*. Ella es la que sujeta las pasiones, y la que hace pedazos las mas dulces y las mas fuertes prisiones. A la claridad de sus rayos se descubren los lazos que arma el tentador á la virtud, se quita la mascarilla al mundo á pesar de sus capciosos artificios, se sôlicita un asilo á la ino-

(1) Marc. 5.

cencia en los claustros y en los desiertos. La fe hizo ingeniosos, hizo sabios á los santos: sea la nuestra tan viva como la suya, y con el auxilio de la divina gracia seremos tan dichosos y tan santos como ellos.

El Evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó posesiones, por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

DE LA FELICIDAD DE LOS SANTOS EN EL CIELO.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué energía promete el Salvador á los que le sirven magníficas recompensas; ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada, eterna en la otra. ¿Has formado alguna vez concepto cabal, ó á lo menos no despro-

porcionado, de lo que es esta felicidad eterna? De ningun modo.

Concibe, si es posible, qué dicha es la de los bienaventurados en el cielo. Es tal, que nada de lo que se diga es bastante para explicarla, y nada de cuanto se haga es suficiente para merecerla.

No hay en el mundo cosa que nos pueda hacer comprender los bienes que gozan; pero demasiado si conocemos los males de que están exentos. ¿Quieres comprender algo de la felicidad de la otra vida? pues sábeta que está exenta de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, enfermedades, miedos, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está para siempre desterrado de aquella mansion feliz. Ninguna desazon, ninguna molestia tiene entrada en aquella santa ciudad. Reina en la Jerusalem celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, qué entendimiento humano podrá comprender las inefables dulzuras que gustan vuestros escogidos en el cielo!

No solo se logra allí todo cuanto se desea, sino todo lo que es menester para no tener mas que desear. El corazon está lleno, el alma satisfecha. Están como inundados los cortesanos del cielo en un torrente, en un océano de purísimas delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la fuente misma de todos los bienes, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad inimaginable. Hablando con propiedad, no es la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos, eso seria espacio muy estrecho, lugar muy ahogado; el alma de los bienaventurados es la que entra, es la que se anega, es la que deliciosamente se pierde, digámoslo así, en la alegría del Señor, esto es, en la delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios.

Ciertamente, si un consuelo interior, si un favor

del cielo un poco sensible causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas, que quita la amargura á los mayores trabajos, hace lijeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires verdaderamente sientan gusto en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, donde los gustos, los consuelos, las delicias espirituales no se alambican gota á gota, sino que se dan á inundaciones; donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer al alma feliz, y esto en recompensa de lo poco, de lo nada que se hizo por él? ¡O buen Dios, y qué liberalmente premiais á los que os sirven! ¿Qué proporción hay entre lo que hacemos y lo que nos dais?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué alegría producirá aquella vista clara y distinta, aquella vista íntima de un Dios, y de un Dios amigo, y de un Dios padre.

La posesion de los bienes criados cansa, porque como todo cuanto hay en este mundo es limitado, apenas se posee, cuando ya fastidia. Pero siendo Dios de perfeccion infinita, cuanto mas se posee, mas deleita. Los bienaventurados nunca se ven hartos; por una parte siempre satisfechos, por otra siempre ansiosos: *semper avidi, et semper pleni* (1); pero su ansia no es congoja, porque la misma saciedad excita, estimula su apetito.

En fin, los ojos no han visto jamás cosa igual á lo que tiene preparado el Señor para sus escogidos; los oidos nunca oyeron semejantes maravillas; ni la mas viva imaginacion es capaz de penetrar tan allá ni remontarse tan alto. Hé aquí una débil idea de la eterna felicidad; y hé aquí mi herencia si me salvo. ¿Puede ni debe tener mas digno objeto mi ambicion? ¿puede

(1) Aug.

ni debe ser de mi gusto cualquiera otro deleite? ¿puedo ni debo aspirar á mayor fortuna?

Imagina todo cuanto puede hacer á un hombre perfectamente feliz en este mundo. Junta todos los tesoros del universo; une todas las coronas de la tierra; la muerte, la memoria sola de la muerte apaga toda esta idea de felicidad.

En el cielo es donde se logra la dicha de ser perfectamente feliz, con la seguridad de serlo siempre. El mundo se acabará; pasaránse millones de millones de siglos despues que ya no haya memoria de él; y no habrá pasado ni un solo momento de aquella dichosa eternidad. ¡O mi Dios, y qué cosa tan dulce es poseeros sin miedo de perderos jamás! ¿Qué recuerdo tan suave, qué pensamiento tan delicioso! Tengo todo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; se anega mi corazon en una alegría pura, perfecta, y esta alegría jamás ha de tener fin; yo me he salvado al cabo, yo soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto es lo que ahora piensa, y esto es lo que ahora dice san Benito, con aquel infinito número de santos que ha dado al cielo su sagrada religion. ¿Hallarán ahora por su cuenta que el cielo les costó muy caro? ¿Se arrepentirán ahora de las penitencias, de las amarguras de su dichosa soledad?

Dios mio, ¿es posible que yo puedo ser todo esto, que puedo gustar todo esto, que yo puedo decir todo esto, y que no hago todo cuanto se puede hacer en el mundo para lograr algun dia la dicha de poder gustarlo y poder decirlo? Vuestra gracia imploro, dulcísimo Jesus mio, vuestra gracia; porque desde este mismo punto comienzo á trabajar en este negocio sin intermision y sin cobardia.